

Valle. Este fue esa otredad tan necesaria para nuestro poeta. Escribe H.D.C.: *Más que morir/ te has desprendido de mí/ como un cimiento de lo/ que soy/ de lo indisoluble que soy/ de lo que me hace/ permanecer y durar/ consumiendo todas las/ potencias.*

Rosamel no aparece como muerto sino transfigurado, transformado. En este sentido Casanueva participa del pensamiento taoísta según el cual el universo, el hombre, la naturaleza está en permanente mutación. Se aleja así del pensamiento occidental donde la ley del accidente predomina. Por lo tanto, cuando Casanueva concluye esta elegía escribe: *Mi voz/ trenzada a la tuya/ seguirá cantando/ escudriñando/ en la arcana mortal/ presencia.* Rosamel emerge no como una desaparición, sino como un adelantado, como un ancla que si bien se desprende del *Yo* del poeta, permanece ligado a él por la cadena del canto. El vate muerto, lo *Otro*, establece su morada en el fondo marino de la eternidad viva: *Te has distraído/ paseando por el fondo/ del mar.// Tu alma ha encallado en/ un sueño sin fin.* Esa unidad de barco y ancla (de mismidad y otredad) que navegan felices por la superficie marina, se ve escindida por la muerte, pero no rota, y como algo natural. Por lo tanto el término elegía no es verdaderamente muy adecuado para definir este libro. En él se canta la alternación de un orden, su permutación, no su desaparición; lo visible ha pasado del lado de lo invisible, pero no ha desaparecido para siempre.

Los penitenciales (1960) representa en este tríptico una vuelta a la reflexión. Reaparecerán, pues, los temas de *La estatua*, pero decantados en el plano escritural y agudizados en el nivel cogitativo. Se da una mayor acumulación de dudas, de preguntas: *Torno si muero al fondo/ donde puedo seguir siendo/ ninguno/ como si nada hubiera/ sucedido?* La duda no estriba en la certeza de una permanencia del *Yo* más allá de la muerte, sino en saber si no dejamos una mínima huella de nuestro paso por la vida. Sin embargo, hay sí una certidumbre, y ésta es que “algo” guardamos en el traspaso realizado entre nada y nada: *Duele la carne salida de/ la nada/ y que allí retorna/ pero llena de candentes/ escrituras.* Quevedo estaba convencido de que su “cuidado”, su amor sería trascendido (*polvo será más polvo enamorado*), Casanueva proyecta en el más allá una *candente escritura*.

El conjunto de *Conjuro* es una exaltación del *Ser* como celebración o fiesta. Por esta razón no hay amarga reflexión elegíaca, aunque ese *Ser* aparece intuido desde el *Yo* y sus contingencias. *El tiempo del hombre es una/ secreta/ víspera.*

Dionisio Cañas
Nueva York

<https://doi.org/10.29393/At443-444-27FBAB10027>

FRENTE AL BARCO DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO

El día que se desliza desde la Sierra del Guadarrama, y no lejos del Escorial, es un tenue azul blancuzco con un poco de pintura lila y naranja. Es un color un tanto de fantasía y, al fondo, hay unos blancos que se iluminan como el zinc cuando recibe la luz solar. Los pintores impresionistas se hubieran emocionado ante este atardecer que se viste con colores de amanecida. Los tonos blancos me parecen de Vlaminck, que era un poeta del color que se había enamorado de los blancos más puros, nítidos y relampagueantes.

El cartero me ha traído a mediodía un paquete desde Chile: “Antevispera”, Poemas de Matías Rafide, recién salido de las prensas de la Imprenta Cergnar, calle Tarapacá, Santiago.

He escrito unas palabras de introducción, pero deseo ofrecer una impresión nueva de lector y por eso no las cito, no las repito. Y me propongo hablar de "Antevispera" y de la poesía del poeta chileno de la región del Maule — tan valiosa en líricos — para buscar nuevos ángulos sobre la poesía de Matías Rafide.

Creo que la poesía, una cierta poesía, se va quintaesenciando poco a poco, hasta hacerse vibración pura, que no es lo mismo que poesía pura, puesto que el poema — como este "Burbujas de papel" de Rafide — conserva una simbología cálida y en expansión, aunque contenida, apretada, como si el lirismo se contuviera en un núcleo de potencial dilatación.

Voy a los aforismos de Juan Ramón Jiménez, que tantas observaciones nos dejó sobre la poesía: "El arte puede ser muy rápido, a condición de que sea muy lento". Rafide concentra para que su arte lírico pueda expandirse, de pronto, como una onda cálida ("Un niño/ sostiene burbujas/ de papel ajeno al tiempo.// Alza la noche con su índice./ Descifra augurios/ de los dioses... Labios/ que no escatiman alfabetos"). Está a un paso de la poesía pura, pero su arte, su simbología, sus insinuaciones simbólicas, son distintas.

Y Juan Ramón Jiménez acude, nuevamente, para recordarme: "Depuración de la forma es "únicamente" depuración de la idea". Pienso que Rafide ha ido depurando sensaciones, desde un pensar solitario y solidario con la vida, en la vida. El pensar se hace símbolo como en "Esa mujer": "Y falsos peces/ escapan como un soplo/ en medio de las sombras". Y es así, que símbolos de los símbolos, esos arqueros sin pasado salen a combatir la ausencia. Son ráfagas, notas, esquemas, relámpagos ("Al final/ de la esquina/ niño idiota/ intenta sepultar/ la noche").

El río "forastero ahito/ de máscaras y espectros" corre como una segunda realidad, pero ¿cuál es al fin la verdadera? ¿La imagen o el espejo? ¿El humo o la sombra? Y hay un ojo de pintor, desde los claroscuros rembrantianos o velazqueños o goyescos: "Mendigos/ esperan en vano/ en las tinieblas". Y el mundo es "fosa de ausencias" mientras la soledad le dicta una invisible y silenciosa caligrafía, que también es real: "Estoy en una calle,/ ángel terrestre./ A la espera del hombre/ que olvidaron".

Juan Ramón Jiménez pedía: "Una disciplina; pero acomodada cada día a cada día". Matías Rafide ha ido esquematizándose, sin perder misterio ni extensión, sin dejar de ser intenso y contenido a la vez, y expandir, impulsar significaciones. Leyendo un poema de Rafide de hace treinta años, de su libro inicial "La Noria", encuentro lo que va a ser en su poesía sucesiva una presencia desveladora: "Viajero de la nada/ vamos en marcha hacia un destino eterno/ donde se astilla el barco del Espacio y del Tiempo".

Ya entonces, en ese 1950, el poeta nacido en Curepto, provincia de Talca, ha subido a ese barco del espacio y del tiempo, y ahora, en "Antevispera", al recordar al padre en su muerte, escribe Rafide: "Atrás quedan pájaros/ insomnes, ecos de pasos,/ ajenos sueños en/ espejos sonámbulos". Y, así, el barco del espacio y el tiempo sigue su ruta.

Alberto Baeza Flores
Madrid, España

LA TIERRA ES AZUL

Isabel Edwards Cruchaga.

Editorial Nascimento, 1981, Santiago, 140 páginas.

Tal vez han sido pocas las obras en las que la escritora Isabel Edwards Cruchaga se haya desenvuelto tan afortunadamente, en la expresión literaria, en su contenido existencial o